

Cual ruge el rayo entre la nube rota,  
Y el trueno entre ondulantes vibraciones,  
Por las montañas cóncavas rebota:  
Así por las vastísimas regiones  
Del grande imperio que la mar azota,  
Cunde el edicto, y todas las naciones,  
Por tribus y provincias y ascendientes,  
Ante el César se inclinan reverentes.

Ya empiezan los abruptos Apeninos  
A mandar sus agrestes habitantes  
De torvo aspecto y trajes peregrinos;  
Y los Alpes, sus nieves incesantes  
Abren, franqueando lúbricos caminos:  
El Arno y el Adiges murmurantes,  
Y el coronado Erídano orgulloso  
Ven agitarse un pueblo numeroso.

Se invitan á porfía los moradores  
De la culta Masilia, que sentada  
Del Ródano en las fauces, los fulgores  
Recibe de la Grecia encadenada:  
Los que pueblan los fértiles alcores  
De Aquitania, en sus viñas esmerada,  
Y los que ven tenderse, cual serpiente,  
El Secuana de límpida corriente.

También registra la feroz España  
A sus guerreros hijos que cultivan  
Las amplias vegas que el Ibero baña,  
Y del Bétis feráz el agua liban,  
Y á los monteces de mirada extraña  
Cántabros fieros que en su pecho avivan  
De libertad el fuego inextinguible,  
Contra el romano yugo aborrecible.

Se inscriben los indómitos Germanos  
Que el duro freno ya á tascar empiezan,  
Y á desarmar sus aguerridas manos;  
Y allá, donde las nieblas empavezan  
El septentrión oscuro, los Britanos  
Sus castas y sus tribus encabezan;  
Y reseña también sus habitantes  
La Hibernia, rica en pescas abundantes.

Se despierta asimismo la Sarmacia,  
Por el glacial Borístenes regada,  
Y el Tánaís, cuya orilla aun no se sacia  
De repetir con lúgubre tonada  
El nombre de su Orfeo: también la Fracia,  
Por el Hemo y el Ródope flanqueada,  
Abre paso á su pueblo belicoso:  
Allí duerme á las plantas del Coloso

La opulenta Bisancio, que más tarde  
Será de Roma la rival potente,  
Y en la ambición de destronarla ya arde:  
Así á la sombra del león rugiente  
Crece el blondo cachorro, haciendo alarde  
De sus colmillos y su zarpa ingente.  
También la ilustre Grecia se empadrona,  
Triste al ver ya sin brillo su corona.

El Asia, en cambio, rica y opulenta,  
Del grande mar el litoral domina,  
Y mil ciudades florecientes cuenta  
Que en las artes florecen y doctrina.  
Allí la Troade aún gime y lamenta  
De su gran Troya la fatal ruina,  
Cuyo sitio, cubierto de zarzales,  
Nutre apenas raquíuticos cereales.

Todos esos países espaciosos  
Al edicto imperial se han sujetado:  
Al catálogo acuden presurosos  
Los que exploran las aguas del dorado  
Pactolo que en sus senos bulliciosos  
Aúreas arenas lleva al mar salado,  
Después que el suelo de la Lidia inunda,  
Y sus campiñas pródigo fecunda.

Los que tienden su red en las riberas  
Del tortuoso Meandro, que en rodeos  
Riega lento sus nítidas praderas  
Por oír de sus cisnes los gorjeos;  
Los que á Bitinia roban sus maderas,  
Y su mármol que adorna mausoleos;  
Los que habitan la fértil Licaonia,  
Y el vasto litoral de Paflagonia.

Se estimulan los cultos habitantes  
De la vasta Cilicia, perfumada  
Por sus cedros y pinos resonantes,  
Y por el alto Tauro coronada;  
Y allá entre sus palmeras ondulantes  
Se incorpora Palmira, recostada  
Entre sus frescos deliciosos huertos,  
Un oasis formando en los desiertos.

No lejos Chipre luce donairosa  
Sus parques y jardines perfumados  
Que los poetas finjieron por la Diosa  
Del amor y las gracias ser plantados:  
Rodas también, que se llamó la esposa  
Del sol un tiempo, tiene ya alistados  
Sus moradores, y entre el mar bravío  
Su frente asoman Gnido, Lesbo y Quío.

Arrogante preséntase Antioquía,  
Sus bosquecillos lúbricos mostrando  
En que reside una deidad impía;  
Y á la misma gran Roma desafiando,  
Luce su gentileza y bizarría  
Porque se cree nacida para el mando:  
La secunda la ilustre Laodicea,  
Que en su puerto y sus viñas se recrea.

Por otra parte ruge el melenudo  
León de Babilonia, ya impotente  
A despertar de su letargo mudo  
Un pueblo que antes su pendon luciente  
Llevar del mundo á la vanguardia pudo.  
En la márgen del Tígris ampliamente  
Seleucia, altiva en su grandeza brilla,  
Y más y más á su rival humilla.

También donde sus rizos virginales  
La tierna aurora á repartir empieza,  
Han vibrado los ecos imperiales:  
La Bactriana, ya en pie, se despereza,  
Y la Hircania, que entre hórridos eriales  
Atiza de sus tigres la fiereza;  
Y paso dan á innumerables gentes  
Las Puertas Caspias, llenas de serpientes.

Africa respondió: los numerosos  
Pueblos que abriga sin afán sustenta:  
Sus derruidos torreones silenciosos  
La indómita Cartago aún ostenta,  
Sin olvidar sus timbres tan gloriosos;  
Y de venganza todavía sedienta,  
Lucha por levantarse, como herido  
Gladiador se retuerce enfurecido.

Al cesáreo pregón también se inclina  
La feroz Mauritania, en cuyo suelo  
Sobre rocas graníticas se empina  
El corvo Atlante al encumbrado cielo,  
Y la Numidia que en el mar reclina  
Sus pródidas llanuras que el anhelo  
Sacian del labrador y su constancia,  
Y le brindan su fruto en abundancia.

Alza el Egipto su rugosa frente  
De lotos y papiros coronada,  
Y enumera el gran pueblo, diligente  
En cultivar el suelo fecundado  
Del Nilo bienhechor, que aún su ingente  
Cabeza en esconder esta obstinado,  
Y á veces, bajo el lomo del desierto,  
Su cuerpo oculta, y va con paso incierto.

Tú finalmente, oh suelo venturoso,  
Hogar de los teándricos amores,  
A la voz te rendiste del Coloso:  
Y cual suele en los los férvidos calores  
Rebullir un enjambre rumoroso  
En el seto poblado de mil flores;  
Los alumnos así de los patriarcas  
Agítanse por todas tus comarcas.

Todos corren, se agolpan á porfía  
En aldeas, castillos y ciudades,  
Do su abolengo cada quien tenía;  
Condiciones y sexos y aun edades  
El registro insaciable recibía:  
Despiértanse las mismas soledades,  
Y de las altas y selvosas cumbres  
Se miran descender las muchedumbres.

José, el fuerte varón, ha comprendido  
Las órdenes divinas, que fielmente  
El romano monarca ha transmitido,  
Y á cumplirlas se apresta diligente.  
No lo han de su propósito movido  
Ni el mirar de la Virgen inocente  
Maduro el sacro fruto, ni el penoso  
Sendero, ni el invierno nebuloso,

Que ya sobre los montes esparcía  
Sus rígidos cabellos blanquecinos,  
Y con glacial aliento entorpecía  
Los limpios arrolluelos cristalinos,  
A la selva sus galas sacudía,  
Y robaba veredas y caminos:  
A Belén deben ambos dirigirse,  
Su alcurnia y su blasón, y allí inscribirse.

La brisa triscadora preludiaba  
El parpadear del astro matutino,  
Cuando el noble Patriarca se aprestaba  
A recorrer el áspero camino,  
Y á su virgen esposa acomodaba,  
Dulce fardo, en el tergo de un pollino.  
Ya por colinas áridas, fragosas  
Van siguiendo esas sendas escabrosas,

Que poco antes ansiosa recorriera  
Con rumbo á Hebrón, la celestial María,  
De su misma ventura mensajera.  
Se ha hundido en el ocaso el primer día;  
Triste mortaja ya el segundo espera;  
El tercero por fin paso se abría  
A través de las sombras nocturnales,  
Envuelto en las sonrisas celestiales;

Pero pronto sus últimos fulgores  
Con la tarde morían, y reforzando  
Sus múltiples franjas de colores,  
Los iba entre las nubes desflecando:  
Y de repente entre marchitas flores,  
Sus vetustos perfiles esbozando,  
Una escuálida tumba ven erguirse.  
Que empieza con las sombras á teñirse.

Hiere en el mismo instante los oídos  
De ambos esposos un conjunto extraño,  
De femíneos altísimos gemidos,  
Cual ruge el bóreas montaráz y huracán:  
Uno y otro se miran conmovidos;  
Y á un tiempo, envuelta en funerario paño,  
Ven dominar fantástica figura  
La comba cima de esa mole obscura.

Era aquella la hora en que solía,  
Entre la luz crepuscular incierta,  
Mostrarse en una gran melancolía  
La sombra de Raquel, pálida, yerta,  
Convulsa, enmarañada, como el día  
En que, al llegar de una región desierta  
La triste madre sucumbió vencida  
De una terrible angustia desmedida.

De entonces se le mira en esa hora  
Del fondo de su tumba levantarse,  
Y luego en actitud desgarradora  
A un duelo atroz, despótico entregarse;  
Gime, solloza, se lamenta, llora,  
Sin poder un momento consolarse:  
Escondidos del monte entre los huecos  
Le responden con lástima los ecos.

¿Por qué esa madre aún se aflige tanto,  
Perpetuando su indómita dolencia?  
Quiso Jehová que el mísero quebranto,  
El luto de la humana descendencia  
Desde que osó romper el yugo santo,  
Y el candor maculó de su inocencia;  
De Raquel en el llanto palpitara,  
Y que éste sin cesar se renovara,

Hasta que al fin llegase el fausto día  
En que, próxima á dar auras vitales  
A su Dios la castísima María,  
Se acercase á esas rocas sepulcrales:  
Ese término entonces se cumplía;  
Vió Raquel inequívocas señales;  
Conoció á la gran Madre, y de repente,  
En cambio de ese querellar doliente;

Alzó al empíreo trémulas sus manos  
Y sus ojos aún humedecidos,  
Y con ritmos dulcísimos y ufanos,  
Del más ardiente júbilo encendidos,  
Bendijo al gran Jehová, que á los humanos,  
De la muerte en las sombras sumergidos,  
Prodigaba su amor con tal largueza,  
Que al polvo descendió de su vileza.

Prosigue, Musa eterna, hacia adelante:  
Se aproxima esa noche venturosa  
Que será más que el sol bella y radiante;  
En ansia está la tierra dolorosa;  
Ya la amable Belén no está distante;  
Ya en la sombra destácase su airosa  
Solitaria silueta, coronada  
De olivos, y de muros circundada.

A entrar en su recinto se apresura  
El Patriarca, á su esposa conduciendo;  
Y antes que en derredor la noche oscura  
Siga todo en sus pliegues envolviendo,  
Humilde albergue con afán procura.  
La muchedumbre, entre confuso estruendo,  
Aquí y allí se mira aglomerarse,  
Y en férvido vaivén atropellarse.

De edades y de sexos desiguales,  
En desorden la turba se apiñaba  
Por calles y por plazas y portales;  
Creyérase que allí reconcentraba  
La India sus tesoros orientales,  
Y á gran feria los pueblos convidaba:  
Pastores, cabras, y rumiantes bueyes  
Allí se mezclan sin ningunas leyes.

¡Oh arcanos de la mente soberana,  
Alojo del mortal siempre velados!  
¡Cuánto confunden la prudencia humana!  
De José vanos fueron los cuidados,  
Fué su premura y diligencia vana,  
Buscó entre amigos, deudos, allegados,  
Y en públicos albergues, hospedaje,  
Y la repulsa halló y aun el ultraje.

¿Qué, pues, restaba al angustiado esposo?  
La noche sus plumones esparcía,  
Y el nubífero bóreas, impetuoso  
La escarcha de sus alas sacudía;  
Y cual maduro fruto, que aromoso,  
Su carmín ostentando y lozanía,  
De la alta rama está por desprenderse,  
Y en la menuda grama guarecerse:

Así el feto divino que encerraba  
En su seno la Virgen inocente,  
Y ya de vida lleno palpitaba;  
Por aspirar las auras del ambiente,  
Y asemejarse al hombre forcejeaba.  
Pero el Rey del olimpo refulgente  
Los soberbios alcázares desdeña,  
Y en esconder su resplandor se empeña.

A orillas de Belén, gruta espaciosa  
Se abre en el seno de la roca dura;  
Bronca maleza adhiérese boscosa,  
Y en torno con sus nudos se asegura;  
Cuelgan de la alta bóveda musgosa,  
Húmda toda toda, irregular y obscura  
Carámbanos, en forma de cristales,  
Y mil estalactitas desiguales.

Entre esos toscos lares guarecerse  
Los labriegos solían y los pastores  
Al ver las pardas nubes extenderse,  
Sobre el monte y los húmidos alcores,  
Y de sus roncas iras defenderse,  
Y guardar sus rebaños mugidores:  
Un pesebre de troncos mal forjados  
Heno y paja brindaba á los ganados.

Allí su regia cuná había escogido  
El que á la negra tempestad impera,  
Y al navífrago ponto enfurecido.  
José los juicios de Jehová venera,  
Y de un santo pavor sobrecogido  
Por los grandes misterios que allí espera,  
Entra de aquella gruta en los umbrales  
Do la tiniebla ya sentó sus reales.

Ese mismo pavor ya me domina,  
Anúdanse las fibras de mi pecho,  
Mi pie vacila, y la cerviz se inclina  
Al penetrar bajo ese humilde techo  
Que oculta ya la Majestad divina,  
Al gran Verbo que en nudo tan estrecho  
Se ha vinculado con la estirpe humana,  
Encubriendo su forma soberana.

¡Rompe la loza fúnebre, oh Isaías!  
¡Acércate á cantar el gran misterio  
Que atónito á los pueblos predecías!  
Y tú, vate de Sion, toma el salterio,  
Y reanimadas tus cenizas frías,  
Al romper de la muerte el cautiverio,  
Entona en alta voz himno gigante  
Al fuerte Sabaot, al Dios infante.

Y vosotros también, celestes bardos,  
Cantores de esa Sión, siempre dichosa,  
Vibrad en mí vuestros ardientes dardos;  
Vosotros que, esa noche deliciosa,  
De aquesta gruta entre los muros pardos  
Al son de vuestra cítara armoniosa  
Trocasteis en Edén la tierra umbría,  
Hoy hacedme escuchar vuestra armonía.

Acércase por fin el gran momento  
En que el Hijo Unigénito, humanado,  
Va á cumplir de su amor el gran portentoso,  
Y olvidando su alcázar estrellado,  
A hundirse en el dolor y el sufrimiento  
Como hermano del hombre desterrado.  
Ya no os envidio, genios celestiales;  
¡Vosotros envidiad á los mortales!

Hondo silencio reina, interrumpido  
Por el sonoro aliento intermitente  
De un buey, bajo ese techo guarecido.  
Del indómito invierno, que inclemente,  
Con un sordo mugir, enfurecido  
Las rocas flagelaba fuertemente  
De aquella gruta destilante, fría,  
Y de plateada escarcha la cubría,

La noche más y más negra y obscura  
Hacia el zenit avanza silenciosa,  
Robando á todo ser forma y figura.  
Entretanto, frenética, ardorosa,  
Se revuelve y agita la natura;  
Y esperando que suene esa dichosa  
Hora solemne, en sus dominios todos  
Sus ansias manifiesta de mil modos.

Se oyen suspiros, ayes y gemidos,  
Espasmos de dolor, llantos, plegarias,  
Ruegos que al cielo vuelan encendidos  
A través de regiones solitarias  
Y volviendo otra vez, sin ser oídos,  
Se truecan en endechas funerarias;  
Los silentes espacios se fecundan,  
Y fantásticas sombras los inundan,

Que sin rumbo, en bandadas revolando  
Por el aura serena, adormecida,  
Con un febril delirio van llamando  
Al Astro amante de verdad y vida,  
Por quien muy pronto, nuevo sér cobrando,  
Romperán esa larva indefnida,  
Esos toscos y débiles embriones,  
Y nuevas surgirán generaciones,

Que después esparciendo por doquiera  
Nuevos brotes y gérmenes vitales,  
Harán tan fértil la terrestre esfera;  
Que sus desiertos y ásperos eriales,  
Al calor de una eterna primavera,  
Trocados en vergeles celestiales,  
Darán ópimos frutos peregrinos  
Que completen del hombre los destinos.

Allí ciérnese en ronda acompasada,  
Entre las crenchas de la noche fría  
Esa corusca pléyade laureada  
Que, cubierta de rica pedrería,  
Y de purpúreas galas ataviada,  
Volará rauda al sempiterno día,  
Los himnos á cantar de su victoria,  
Y del eterno Vencedor la gloria.

También en torno de esos toscos lares,  
Trovos cantando, van castas doncellas,  
Que más tarde, ceñidas de azahares,  
Más radiantes que el sol y las estrellas;  
En simétricos coros, á millares,  
Del Cordero castísimo las huellas  
Seguirán, entonando himno grandioso,  
Al celestial inmarcesible Esposo.

Toda, en fin, esa estirpe santa y pura  
Que á través de las siglos voladores  
Jehová se formará con gran premura,  
Allí palpita triste y sin fulgores,  
Como un espectro, como larva obscura,  
Como cárdena nube sin colores  
A la que el sol dentro la mar hundido,  
Ya prepara su fúlgido vestido.

Más y más se rebulle el pardo ambiente,  
Otro grupo de sombras ha llegado;  
La flor de los patriarcas, juntamente  
Con el coro profético laureado,  
La universal expectación vehemente  
Con anhelo y ardor han secundado,  
Se oyen voces que llaman y responden,  
Y en el silencio nocturnal se esconden.

Se escucha ese rumor, ese lenguaje  
Con que de la alta selva en la espesura  
Conversar suele el trémulo follaje,  
Cuando ya duerme en él la sombra obscura  
Que anida en lo más denso del bosque.  
Como ansiosas espían de la luz pura  
El primer rayo las canoras aves,  
Y la importunan con sus trinos suaves;

Así este pueblo con afán espera  
El despertar del astro refulgente,  
De la eterna, magnífica lumbrera  
Que vendrá á derrocar la prepotente  
Profunda noche que en el mundo impera;  
Se oye un concierto flébil y doliente;  
Y de la lira al son, aquestas voces  
Suben al cielo férvidas, veloces:

“Como la nube en el tostado estío  
Rompe su hinchado seno, y en raudales  
Envía á la tierra el bienhechor rocío  
Que prepara las mieses otoñales:  
Así tú, oh cielo, compasivo y pío,  
Manda la salvación á los mortales;  
Baje del alto cielo el Justo, el Santo,  
A enjugar bondadoso nuestro llanto.

“Abrete ¡oh suelo! ya; de tu fecundo  
Seno que el germen virginal encierra,  
Brote el divino Salvador del mundo,  
Que viene á renovar toda la tierra,  
Sumergida en letargo tan profundo,  
Y á las tinieblas intimar cruel guerra;  
Sea, oh Príncipe, por tí la estirpe humana  
Restituída á su alcurnia soberana.

“Descienda ese Cordero inmaculado  
Que extenderá por todo el universo  
Su pacífico reino, tan deseado:  
Quebrántese todo ánimo perverso,  
Y elévese el mortal sobre lo creado.”  
Este el último fué supremo esfuerzo  
Del hombre en su dolor. Mas ya en su broche  
Se encierra toda flor: es media noche.



*Fin del Canto Quinto.*